

LA ENSEÑANZA DEL LATÍN

EMPECE a estudiar latín —y lo escribo con alguna facilidad— a los trece años en la antigua gramática del Padre Manuel Alvarez, jesuita portugués nacido el año 1526, en la isla de Madera. El grandioso texto que dio base a las mejores gramáticas latinas de fines del Renacimiento y de los tiempos posteriores, hasta la última del P. Guasch, fue editada por última vez el año 1900 en Barcelona con la sintaxis y la prosodia en latín, y en él apacenté los primeros años de mi niñez para entrar luego a hacer estudios completos de Filosofía Escolástica, Teología Moral y Teología Dogmática por Tanquerey, Sagrada Escritura y otras materias, todas en latín, en un Seminario Mayor por cuyos claustros pasé y nunca podré olvidar, ni aun con la muerte, pues vivirá conmigo en la eternidad.

Aquella obra, que en la sexta edición de Barcelona lleva por título *Emmanuelis Alvari e Societate Jesu, de INSTITUTIONE GRAMMATICA Libri tres*, fue legítimo ornamento de aquel célebre y sapientísimo jesuita que tuvo razón para aseverar de ella que, a su parecer, nadie trató más copiosamente el asunto gramatical, ni revolvió con más cuidado comentarios de antiguos gramáticos: *Nemo mihi quidem rem grammaticam copiosius, nemo accuratius aut tractasse aut plures veterum grammaticorum commentarios videtur pervolutasse.*

Tan así es verdad, que la ponderada *Ratio Studiorum* de los jesuitas alemanes ¹, refiriéndose especialmente al segundo curso de esa gramática, dice que si algo puede desearse en la sintaxis, latino, puro, seguro, elegante, parece que no hay que pedirlo a otros gramáticos que sobre ese asunto preceptuaron, o falsa, o impropia, o bárbaramente, sino a Manuel. (*Si quid in Syntaxi latinum, purum, tutum, elegans optari potest, id non ex aliis grammaticis, qui ea de re vel falso, vel improprie, vel barbaramente praeceperunt, sed ex Emmanuele petendum videtur*). Lo mismo estimaron varones eminentes de otras naciones, entre los cuales hay que citar el clarísimo Morer, el cual afirmó que esa gramática es “la más perfecta de cuantas han sido editadas hasta hoy”: *Absolutissimam omnium quotquot editae hactenus sunt grammati-*

¹ *Monumenta Germaniae paedagogica. Ratio Studiorum et institutiones scholasticae Societatis Jesu per Germaniam olim vigentes collectae concinnatae dilucidatae a G. M. PACHTLER, S. J., vol. 2, p. 155.*

cam, y a Walch, quien lo confirma al decir que "Quienes supieren latín en los siglos posteriores lo habrán conseguido por su obra y estudio": *Quicumque posterioribus saeculis latine scirent, ejus (Alvari) ope ac studio hoc eos esse assequutos.*

Había que lamentar, por cierto, que un libro que puede llamarse verdaderamente áureo no haya venido a ser exaltado en nuestros tiempos sino por uno u otro perito en letras humanas, cuando una cáfila de libros destituídos de toda autoridad, aunque llenos en veces del boato y atuendo de métodos prendados del entusiasmo que traen las cosas nuevas, pululan dondequiera.

Pues hay algunos que en nuestros días, o realmente eruditos en cierto conocimiento de la historia de los idiomas, o llevados frecuentemente por la gloriola de las novedades, profieren tantas cosas contra el antiguo método de enseñanza del latín, diciendo, verbigracia, que es cosa manida, odiosa para los adolescentes, que tiene más de arte que de ciencia, y otras cosas a ese tono, que declara el inane estrépito de las palabras, que costará Dios y ayuda el persuadirles cómo se puede aprender la lengua latina en algún gramático antiguo. Ciegos son e imperitos, y parlan a diestro y siniestro, quienes temerariamente y sin razón hayan enseñado la lengua latina a los adolescentes como si fuese un enigma, ya que declaran a gritos que la gramática se ha de enseñar, no como un arte, sino como una ciencia, porque apenas se hallará una forma que carezca de causas ciertas, de que sería inepto e inicuo privar las mentes de los discípulos para proponerles cosas que han de enseñarse desnudas, *sub fide magistri*, bien como si se tratase de gentes faltas de razón. Y así no sólo la memoria, sino la mente, habrán de basarse en las razones que deben aducirse de cada cosa. Método de enseñanza con el cual se hace mucho más suave el trabajo para los estudiantes.

Muchas cosas se agregan a esas aseveraciones de los gramáticos más recientes que no dejan de apartarse un poco de la verdad, y otras hay también que, aunque ciertas, en modo alguno pueden considerarse oportunas. Por lo cual, y para que podamos juzgar más rectamente, habrá de explicarse brevemente qué lleva de suyo, ora el método de los antiguos, ora el de los autores más recientes.

Sostienen éstos que es preciso dar a entender y desarrollar completamente la estructura íntima y algo así como la génesis de los vocablos, el desenvolvimiento lógico de la construcción, declarar por cuáles vicisitudes y cambios ha empezado la lengua y crecido y llegado a su perfección, y qué tiene de propio y común con otras lenguas. De aquí, según dicen, la Gramática histórico-comparativa, en la cual se mezclan y confunden la primitiva, la áurea y más firme latinidad, no menos que la barbarie hosca y umbra, y por eso se les encajan por la fuerza a los niños que empiezan a balbucir el latín y que están aún vacilantes acerca de sus primeros elementos las más difíciles cuestiones tomadas de muy atrás, ya de la lengua griega, ya de los indos, y las construcciones propias de los sustantivos, adjetivos y verbos, sobre todo la significación y uso de los tiempos y de los modos, y de tal manera los adscriben a algunas ideas universales, que habría derecho para juzgar que son tales preceptores más bien filósofos que gramáticos. No se cuidan de la elegancia del estilo, ni de ejercitar a sus alumnos en el

arte de hablar o de escribir, es muy exigua la lectura previa de los autores y tienen ansiedad supersticiosa de reducir las formas y construcciones anómalas, que les parecen cosa vacía de sentido, a las leyes exactas de la lógica o de la psicología; finalmente, la mole de sus preceptos viene a hacerse onerosa por su número y dificultad. Lo que vale decir que imitan a algunos oradores que, como se lee en la *Retórica Ad Herennium*, “a fin de que se les creyese sapientísimos, trajeron a cuento cosas que no venían al caso, con el objeto de que se juzgase su arte más difícil”, o como escribe Perpiniano en su libro *De ratione liberorum instituendorum litteris graecis et latinis*, inflados con una falsa opinión de ciencia, estiman que ha de ser enseñada por ellos la gramática como una de las artes máximas: *falsa opinione scientiae inflati, grammaticam tanquam unam aliquam maximarum artium sibi docendam putant*. En suma, y para valernos de las donosísimas palabras del Padre Álvarez, “son demasiado gramáticos”. *Nimum sunt grammatici*.

¡Y se atreven a decir que tal método de enseñar es mucho más fácil que el antiguo! En modo alguno. Pues creo que a un niño balbuciente, o vacilante aún, le será más fácil encomendar a la memoria las desnudas formas de la declinación, que no investigar sus raíces en una lengua absolutamente desconocida, o la inflexión de los antiguos, saber qué es propio del tema, qué de la terminación, de qué manera han de unirse una y otro, cuáles letras han de agregarse y cuáles rechazarse, o cuáles cambiarse para que a la postre llegue con trabajo a lo que el método antiguo ofrece espontáneamente y sin rodeos. Y conviene sumar a esto que aquellas complicadísimas cuestiones de la sintaxis ofrecen a las veces tanta dificultad, aun a los varones poseedores de doctrina y exquisita cultura, que con razón pueden decirles a los gramáticos lo de Terencio: “Lo habéis hecho admirablemente, pues ahora estoy más incierto que antes”: *Fecistis probe, incertior sum multo quam dudum*.

Para no decir otra cosa, Max Müller² y Cuervo³, entre otros, niegan abiertamente que este método sea más fácil.

Por cierto que otro es el blanco a que miran los antiguos y muy distinto el camino que trillan. Comoquiera que al principio se trate de formar la mente y la conciencia de los adolescentes y que para ello parezcan sobremodo aptos, ante todos, los escritores griegos y latinos, a una sola cosa miran y es a que se entiendan cuanto antes, y los imiten, los monumentos de la edad áurea del idioma. Para esto, según aconsejan los Padres designados para escribir la *Ratio Studiorum*, la interpretación y el estilo de los autores son de mucho mayor utilidad que los preceptos de la gramática, aunque en manera alguna hay que despreciarlos: *Auctorum interpretatio ac stylus longe majoris utilitatis sunt quam praecepta grammaticae, quumquam haec ipsa minime negligenda sunt*. Por esto, como así lo preceptúa Perpiniano, ha de elegirse con gran cuidado lo que por su brevedad ayude a la memoria, e invite por su perspicuidad a enseñar, y ayude a la inteligencia con la sencillez del precepto y alimente la pura e incorrupta integridad y

² Lec. 1ª.

³ Notas a la Gramática de Bello. Advertencia.

elegancia del lenguaje latino: *Ars litterarum . . . magna cum cura de multis eligenda, . . . quae et brevitae memoriae serviat, et perspicuitate ad docendum invitet, et praecipendi simplicitate intelligentiam adjuvet, et puram et incorruptam latini sermonis integritatem alat et elegantiam.*

También el P. Alvarez reprende por su parte a los que todo lo quieren encerrado en los preceptos. "No seas demasiado solícito, dice, en investigar las razones; pues en veces está por la razón la voluntad y el uso de los más doctos, que se han de estimar más que las leyes de todos los gramáticos". (*Ne nimium sis sollicitus rationibus vestigandis; interdum enim pro ratione est voluntas atque usus doctissimorum, quae pluris sunt faciendae quam grammaticorum omnium leges.*)

"Todos admiran la elegancia de la elocución, pero quizá nadie hallará fácilmente su razón. Y como los varones doctos no habrán de jurar en las leyes de los gramáticos, observaremos y recogeremos con diligencia lo que espontánea y elegantemente expresaron para imitarlo y no para sujetarlo a la norma y estrecheces de la gramática. O, para decir con brevedad lo que siento, ya sea que trates de escribir o hablar en verso o en prosa, debes esforzarte por imitar a los que en una y otra facultad florecieron antes de otros".

Lo mismo piensa Manucio al zaherir a quienes con el peso de los preceptos llevan a tal grado de desesperación a los estudiantes "que los hacen escapar a las escuelas y a las letras y odian sobremodo los estudios que aún no pueden amar". También Luis Vives, quien da una reprimenda a los gramáticos supersticiosamente solícitos, y antepone el uso al artificio⁴. Lo mismo Facciolati⁵, quien dice que una vez que el estudiante haya aprendido de memoria las declinaciones de los nombres y de los verbos y se haya aprendido bien y completamente algunas pocas reglas, con las cuales, como en fundamentos inmovibles descansa toda la lengua latina, ¿por qué no habrá de ser llevado inmediatamente a un escritor clásico, a quien maneje sin intermisión, y se lo aprenda de memoria, y lo tenga como a persona de su familia, y con quien hable y viva, por obra y con auxilio del maestro? Finalmente, hay que copiar aquí aquel conocidísimo pasaje de Cicerón: "Lo principal es, y, para decirlo con verdad, que es lo que menos hacemos, pero es de gran trabajo y al que muchos huímos, escribir mucho, como que el estilo es el mejor y el más prestante hacedor y maestro del bien decir". (*Caput autem est, quod, ut vere dicam, minime facimus, est enim magni laboris, quem plerique fugimus, quamplurimum scribere. Stylus optimus et praestantissimus dicendi effector et magister.*)

De estas y otras muchas cosas que podrían traerse a colación aparece fácilmente que todo el método de los antiguos se encierra en la lectura previa y en la imitación de los autores, lo cual profesan, ya los preclarísimos varones que hemos citado, y muchos otros como Juvenio, Pedro Simón Abril, ya con mucho ante todos "nuestra *Ratio Studiorum*", dice el Padre Alvarez.

⁴ *De ratione studii puerilis. Epistola 2.*

⁵ *Oratio I. Latina lingua non ex grammaticorum libris comparanda.*

Agréguese a esto que los autores deben ser leídos en clase de viva voz por el profesor y los alumnos. En cuanto a los preceptos de la gramática habrá de explicarse su sentido y corroborar su doctrina con ejemplos de los autores clásicos. Explicado el texto correspondiente como lo manda la *Ratio Studiorum*, que es decir, declarando brevemente su sentido en la lengua materna, mostrando luego los casos que rigen los verbos, sopesando las leyes gramaticales y entrando en otras explicaciones, ya semasiológicas, ya estilísticas, etc., el profesor ejercitará a sus alumnos en el arte de hablar la lengua latina, lo que, según Perpiniano y el Padre Alvarez, se ha de intentar de alguna manera aun desde la misma inflexión de los nombres: *Vel ab ipsa nominum inflexione quodammodo tentandum est*, de tal manera que si no han aprendido aún los preceptos del lenguaje se acostumbren a hablar en latín por la imitación, bien así como vemos que lo hacen algunas aves: *Ut etiamsi nulla didicerunt adhuc praecepta loquendi, tamen, ut aves nonnullas facere videmus, imitatione jam assuescant latine loqui*, y antes aprendan a hablar bien en latín que las causas del bien hablar: *Et prius discant bene latine loqui, quam causas bene loquendi*.

Practicado este método de enseñanza desde la morfología, al terminar el primer año el alumno estará perfectamente preparado para traducir la sintaxis en latín, para entenderle al profesor las explicaciones hechas en latín con las correspondientes preguntas, y para oír y entender todo lo que diga en esa lengua. Así aprendí yo el latín en el Seminario Menor, y así lo enseñé después. Con ese método el profesor les hará conocer a sus alumnos en el primer año, o las fábulas de Fedro, el *De viris illustribus urbis Romae*, o las *Selectae e profanis scriptoribus historiae*, libro altamente formador del futuro humanista, o el *Nepote*, o el *Breviarium Historiae Romanae*, de Eutropio, tan fácil y de tan buena latinidad, y ya en el segundo año, con la sintaxis en latín del Padre Alvarez, entrará de lleno con César, Salustio y Cicerón, verbigracia, o con selecciones de Tito Livio.

En el tercer año los ejercicios de composición y el manejo de la lengua con los autores llevan fácilmente a Virgilio, a Horacio, a Ovidio, y a Catulo, Tibulo y Propercio, lo mismo que a la lectura de los poetas de otros tiempos. En los llamados seminarios leen los alumnos, y los comentan, a otros autores latinos, bien sean los del período anteclásico como Terencio y Plauto, u otros de la buena época como Lucrecio, bien de una edad posterior como Tácito, Suetonio, Aulo Gelio, Petronio, Ausonio, Calpurnio Siculo, etc., bien algunos escritores del Renacimiento de tan sabrosa latinidad como Lorenzo Valla, Policiano, Sannazaro, Pontano, Juan de Vergara, Mureto, y al mismo Erasmo, a pesar de que su latín no tiene la exquisita elegancia de esotros.

Todos estos autores pueden andar en manos de los alumnos, dirigidos por un profesor que ame intensamente las letras humanas y no esté tan atrasado.

En el cuarto año, además del curso de prosodia y métrica latinas que es consentáneo a este período de los estudios latinos, seguirán teniendo los alumnos a estos y otros autores y se harán capaces de escribir monografías sobre cualquier autor latino, o sobre temas especiales de investigación filológica y lingüística.

Todo eso puede lograrse con mi método de enseñanza que une lo viejo a lo nuevo, la experiencia con las novedades. *Ab ipsis incunabulis* empieza el alumno a amar la lengua latina, pues desde las declinaciones les voy haciendo penetrar poco a poco al mundo clásico de los prosistas y de los poetas, trayéndoles ejemplos de autores de todas las épocas de la lengua, ora antiguos, ora los del período áureo, bien los de la tardía latinidad que en una u otra forma dijeron cosas bellas que el alumno va como saboreando, lleno de agrado con las noticias biográficas de cada autor, con las referentes al siglo en que vivió y con otras que van llenando de sueños y de poesía las mentes de quienes las leen o las escuchan. Sólo así, y casi sin esfuerzo mayor, se hace amable la lengua del Lacio.

Pero, dicen los más recientes pedagogos, hay que ejercitar la mente y el raciocinio de los estudiantes. Claro está. Los ejercitamos entendiendo e imitando a los autores príncipes, proponiendo cuestiones de gramática, de lectura previa, de composición, de todo lo atinente, en fin, con la constante emulación de quienes contienden en esa palestra. Y cuán cierto es que hay que formar después la mente en las ciencias y observar muy por lo alto lo que manda Quintiliano, el cual dice: "Los principios de las letras estriban en la sola memoria, que no solamente la tienen los niños, sino que en ellos es muy firme. Ni soy tan desconocedor de las edades que juzgue que se debe instar y exigir un trabajo completo en los primeros años. Pues convendrá guardarnos mucho de esto para que no aborrezca los estudios quien aún no puede amarlos, y una vez percibida su amargura tema sobremodo también en los rudos años posteriores. Obrese como en un juego: ruéguesele al niño, alábesele, y en veces hágasele gozar con lo que sabe. Sea adocinado otro, aunque él no lo quiera, para que le envidie, otras contienda con él, y hágasele creer con frecuencia que ha vencido, y estímúlesele igualmente con premios que aquélla exige. (*Initia litterarum sola memoria constant, quae non modo jam est in parvis, sed tum etiam tenacissima est. Nec sum adeo aetatum imprudens, ut instandum teneris protinus acerbe putem, exigendamque plenam operam. Nam id in primis cavere oportebit, ne studia, qui amare nondum potest, oderit: et amaritudinem semel perceptam, etiam ultra rudes annos reformidet. Lusus hic sit: et rogetur, et laudetur, et nonnunquam sciisse se gaudeat. Aliquando ipso nolente doceatur alius, cui invidet; contendat interim, et saepius vincere se putet: praemiis etiam, quae capit illa aetas, evocetur.* Quint. Inst. Orat. Lib. I, IV).

Esto no es menospreciar, o hacer a un lado la ciencia de los gramáticos más recientes. En modo alguno, pues como dice el Padre Alvarez, una cosa es indicar la razón y mostrar el camino para aprender la lengua latina, y otra explicar las razones de la gramática y desatar los nudos difíciles. Ciertamente que son de gran utilidad los asuntos meramente gramaticales, y nadie habrá de prescindir de ellos; pero considerándolos como el *summum* de la enseñanza de la lengua, dejando a un lado el culto y la elegancia de ésta, más bien daña que aprovecha. Optimos son ellos, nadie lo duda, pero no se ha de empezar en la enseñanza del latín como si fuese necesario indagar sus más remotos orígenes, bien así como un profesor de historia o de geografía no habría de co-

menzar con el origen primitivo del mundo, o disertando sobre las leyes geológicas que precedieron a su formación. De ahí que la *Ratio Studiorum* de Berlín deje para los gramáticos supremos, o más bien para los grandes humanistas, todas aquellas cuestiones que se refieren al origen de los vocablos y a la comparación de las lenguas entre sí, o a la gramática comparada, como se llama.

Y un vicio muy grande ha invadido a casi todas las escuelas de hoy, que es el de constreñir de tal modo la lengua dentro de los estrechos límites vernáculos, que sus voces, si es que son latinas, tienen no sé qué tástillo de bárbaras. Hablan gramaticalmente, como escribe Quintiliano, pero en manera alguna a la latina. Esto les sucede a los que emplean todo el tiempo en trasladar al latín ciertas locuciones vernáculos, y apenas frecuentan los autores probados de la latinidad y jamás los imitan. Lo que es lamentable, tanto más si no aciertan a deleitar y antes bien pervierten con un bárbaro frasear todo el buen decoro de la latinidad.

Ahora bien, si ya lo anterior no hubiera bastado para indicar cuál es mi método de enseñar el latín, debo declarar que insisto mucho al principio, o sea en los rudimentos de la morfología, o analogía, como la llaman los antiguos, en que aprendan los alumnos a declinar corrientemente las partes de la gramática susceptibles de declinación, y a conjugar todos los verbos de un modo tal, que puedan trasladar una forma cualquiera, inmediatamente, del castellano al latín o de éste al castellano. Pero adviértase que no me baso solamente en las formas, pues desde la primera declinación les voy haciendo conocer los mejores autores con ejemplos apropiados para la declinación de las palabras, o para conjugar los verbos que en ellos ocurren, dándoles noticias sucintas de la vida de los escritores, del tiempo en que vivieron, de sus contemporáneos, de su calidad y condición literaria, etc., con lo cual voy logrando que perciban los alumnos los mejores pensamientos de aquéllos y la belleza y suntuosidad de la lengua del Lacio.

Todo eso puede lograrse siguiendo el método expuesto, que es síntesis de lo viejo y de lo nuevo, de la práctica antigua y de la novedad y uso modernos, o como dice Cuervo al hablar del ideal de una buena gramática —o de una buena docencia, diré yo— “una prudente alianza del método dogmático, que reduce a fórmulas precisas lo que permite el uso culto o literario, y del histórico, que puestos los ojos en el desenvolvimiento de la lengua, explica cada hecho por sus antecedentes comprobados”.

JULIÁN MOTTA SALAS